

## 2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

**Julio Ortega (coord.): *La literatura hispanoamericana*. México: Dirección General del Acervo Histórico Diplomático/Secretaría de Relaciones Exteriores (La búsqueda perpetua: lo propio y lo universal de la cultura latinoamericana, vol. 3) 2011. 295 páginas.**

Partiendo de la superposición de dos centenarios, el de la Independencia y el de la Revolución Mexicana, el Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México se propuso, retomando una feliz frase de Pedro Henríquez Ureña, una colección que celebrara la cultura de esta parte de América, “La búsqueda perpetua: lo propio y lo universal de la cultura latinoamericana”. Surgen de este modo seis volúmenes que abordan distintos aspectos: la diplomacia cultural, los derechos humanos y la educación; el pensamiento filosófico, sociológico y político; la literatura; la música; el arte mexicano y, finalmente, los medios electrónicos de difusión y la sociedad de la información. Para que esta colección se conformara, fueron convocados especialistas de diferentes países del continente. Este texto, el tercero de la colección, coordinado por el profesor peruano Julio Ortega, autor también de uno de los ensayos del libro, tiene su punto de partida en la refutación de la teoría de la carencia y del trauma como motivadores de la literatura hispanoamericana. Desde esta refutación, se revaloriza esta literatura como el discurso que “responde afirmativamente a buena parte de las preguntas que otros discursos y disciplinas insisten en responder deficitariamente” (p. 17).

El libro consta de tres ensayos que abordan distintos géneros. El primero, dedicado a la narrativa, está a cargo del

profesor mexicano Rafael Olea Franco, especialista en la obra de Jorge Luis Borges (125 páginas); el propio Ortega, crítico, poeta, narrador y profesor de larga data de literatura hispanoamericana, se encarga del de poesía (65 páginas); y el último, acerca del ensayo, pertenece a la reconocida investigadora argentina en el tema, Liliana Weinberg (80 páginas). En lo referido a la estructura, el texto sobre narrativa se divide en cuatro grandes aspectos: “Introducción”, “Narrativa de la Revolución Mexicana”, “Los mitos fundacionales”, “La síntesis cultural”, subdivididos a su vez por autor y obra. El de Ortega se presenta en un solo bloque. Por su parte, Weinberg divide su aporte en tantos apartados (diecinueve) como aspectos del tema le interesan. Cada capítulo va acompañado de bibliografía comentada, aporte que el lector siempre agradece.

El trabajo de Olea Franco parte de un presupuesto, por lo menos, discutible: la relación identidad/literatura. A pesar de la aclaración que realiza el coordinador del texto en la introducción –“Este libro postula que la literatura hispanoamericana no es, necesariamente, una búsqueda de identidad” (p. 17)–, el texto del investigador mexicano se desarrolla a partir de este eje. De hecho, le sirve para justificar su recorte. El ensayo toma diez narradores, desde la colonia hasta Borges. La razón de no incorporar autores más cercanos en el tiempo se sostiene con una cita que realiza de González Echevarría: “percibo en la llamada era posmoderna actual un tipo de texto que no está animado por ansiedades sobre el origen, exento de añoranzas de identidad y aparentemente desligado de la historia, que algunos proclaman como la nueva escritura latinoamericana” (p. 26). Olea Franco deja de lado a estos autores,

ya que su corpus está delimitado por una intención expresa: “énfasis que aquí me interesa describir cómo las obras narrativas construyen un discurso ficcional, más o menos consciente [...] sobre la identidad nacional” (p. 26). Así, su estudio incorpora lo que él considera los distintos componentes de la identidad latinoamericana: lo prehispánico, lo africano, el lenguaje de la colonia, el de las naciones independientes, el Modernismo y los aportes de la Revolución Mexicana, a los que se suma la síntesis borgiana. El resultado de esta selección es un recorrido cronológico por la obra de autores decididamente canónicos, que termina en la década de 1950.

Mención destacada merece el apartado “La narrativa de la Revolución Mexicana”, en el que el crítico expone su familiaridad con el tema. Allí define y explica con claridad el concepto, lo historiza y profundiza en su análisis a través de tres de sus novelas más reconocidas. Más difícil resulta aceptar algunas de sus afirmaciones respecto de la gauchesca, como por ejemplo, la inclusión de *Don Segundo Sombra* como obra perteneciente al género.

El segundo capítulo, dedicado a la poesía, está a cargo del coordinador del libro. Al igual que en el ensayo dedicado a la narrativa, el recorrido que se realiza es cronológico y abarca la obra de veinticuatro poetas, desde Sor Juana hasta Enrique Lihn. En lo que respecta al espinoso tema de la identidad, Ortega concibe la nación como “construcción discursiva, consenso imaginario, o incluso, contrato negociado” (p. 185). Por ello, lejos de cualquier esencialismo, considera que “la poesía latinoamericana [...] demuestra que la identidad en devenir es una forma de nuestra creatividad” (p. 135).

Si bien el abanico de poetas que le interesa a Ortega incluye a autores clásicos, como José Hernández o César Vallejo, también incorpora voces menos canónicas,

como las de Bernardo de Balbuena o Idea Vilariño. Entre los lúcidos estudios que realiza de los autores más representativos de la poesía hispanoamericana, vale destacar la profundidad y belleza del análisis dedicado a Rubén Darío.

El último capítulo está conformado por el texto de Liliana Weinberg sobre ensayo latinoamericano. En este apartado, la investigadora desarrolla la historia del ensayo en América Latina; presenta las hipótesis (y toma postura al respecto) de quiénes fueron los fundadores del género en el continente; profundiza en sus características; establece relaciones entre este y otros géneros. En síntesis, su propio texto se presenta como un valioso ensayo que ahonda en el tema. Weinberg no arma su corpus con autores, sino que se centra en épocas, movimientos históricos y culturales. De este análisis surge un concepto que defiende la adscripción del género al discurso literario, que, a su vez, consigue la síntesis de unir “la afirmación orgullosa de la peculiaridad y la aspiración a nuevas formas de universalidad” (p. 263). Sin que la autora lo afirme explícitamente, es posible considerar que esta idea de “peculiaridad” podría funcionar, en el texto de Weinberg, como un concepto útil para reconsiderar el de “identidad”. La apertura que la investigadora ve en el ensayo se manifiesta en una lograda frase que lo adjetiva: “prometeico antes que proteico” (p. 273).

Si bien el libro encuentra su marco en la colección, en las conclusiones generales, Ortega reconstruye la genealogía en la cual lo inserta. El investigador peruano alinea el texto con otros dos “documentos autorreflexivos” (p. 295) que contribuyeron, cada uno en su momento, a pensar Latinoamérica. Se refiere Ortega al clásico *América Latina en su literatura*, de 1972, que él mismo coeditó junto con César Fernández Moreno, y a *Crítica y literatura: América Latina sin fronteras*, de 2005,

producto de un coloquio de 2003 organizado en la Universidad de Brown por el propio Ortega y por Olbeth Hansberg.

Enmarcado en la colección a la que pertenece, inserto en la ilustre genealogía en la que su coordinador lo ubica, *La literatura hispanoamericana* ofrece un útil panorama al lector interesado en estos temas. Al mismo tiempo, el lector experto encontrará en este libro hipótesis de trabajo, historización de recorridos, espacios de discusión, aportes bibliográficos y análisis profundos de la literatura producida por el “sujeto peregrino” (p. 21) hispanoamericano. A doscientos años de las independencias, el balance resulta muy positivo.

*María Elena Fonsalido*  
(Universidad Nacional de General  
Sarmiento, Buenos Aires)

**Kelly Comfort: *European Aestheticism and Spanish American Modernismo. Artist Protagonists and the Philosophy of Art for Art's Sake.* Houndmills Basingstoke/New York: Palgrave Macmillan 2011. 180 páginas.**

El presente libro sobre algunos conceptos concomitantes del esteticismo europeo y el modernismo hispanoamericano se sitúa en el marco de los estudios transatlánticos, los cuales forman parte de una revisión crítica de la noción de *area studies* con el objeto de una clasificación unificadora de regiones geográficas distintas. Apuntan hacia una transgresión de límites nacionales, lingüísticos y/o culturales tradicionalmente establecidos entre Europa y las dos Américas, en favor de una visión coherente de espacios heterogéneos, pero históricamente afines e (inter) dependientes.

El libro consta de una introducción y tres partes de dos capítulos cada una, en los que se examinan (a partir del análisis de personajes artistas en textos escogidos de Wilde, Silva, Huysmans, Darío, Mann, Del Casal y Gutiérrez Nájera) diferentes concreciones de los conceptos del “arte por el arte”, del “arte para el mercado” y de la “vida como obra de arte”. El lapso histórico contemplado en el estudio abarca aproximadamente desde 1880 hasta 1910. Insiste la autora (apoyándose entre otros en argumentos de la *Ästhetische Theorie* de Adorno) en la función crítica del Esteticismo y el Modernismo respecto de la sociedad burguesa. Con ello, se opone a la opinión, frecuente todavía hoy, de que tanto el Esteticismo europeo como el Modernismo hispanoamericano representaban actitudes o movimientos escapistas y frívolos.

En la primera parte del estudio (“The Artist Avoids ‘Art for Life’s Sake’”, pp. 23-56) la autora compara las concreciones del concepto del “arte por el arte” en dos ensayos de Oscar Wilde (“The Decay of Lying”, 1889, y “The Critic as Artist”, 1890) con las ideas sobre la vida y el arte expresadas por el personaje de José Fernández en la novela *De sobremesa* (1896/1925) de José Asunción Silva. Plantea el posible conocimiento de los ensayos de Wilde por parte de Silva y concluye que el bogotano, al hacer suyas las ideas de Wilde sobre la superioridad del arte sobre la vida y el papel del crítico como artista, creó un “viable link between British aestheticism and Spanish American modernismo” (p. 55). Pero cabe preguntar ¿por qué postular un “viable link” de este tipo entre las dos corrientes artísticas? El conocimiento de los ensayos de Wilde por parte de Silva (quien no menciona a Wilde en su obra), no parece muy probable, y es, además, prescindible a la hora de analizar las semejanzas del concepto del arte y la

vida en los dos escritores. Este concepto estaba, por decirlo así, en el aire respirado por el Esteticismo/Modernismo en ambas orillas del Atlántico.

La segunda parte del estudio (“The Artist Protests ‘Art for the Market’s Sake’”, pp. 57-85) toma como punto de partida la marginación durante el siglo XIX de los artistas avanzados y de sus productos no ajustados a las exigencias del mercado, el cual —con el desarrollo de la sociedad burguesa— iba sustituyendo el mecenazgo protector que había ejercido la nobleza del Antiguo Régimen. En un estudio comparativo de la novela *À rebours* (1884) de Huysmans y tres cuentos de *Azul...* (1888) de Darío (“El rey burgués”, “El velo de la reina Mab” y “El pájaro azul”), la autora trata de mostrar cómo Huysmans tematiza el problema del consumo artístico bajo las condiciones del mercado, mientras que Darío concreta —en su opinión— la situación de la producción de objetos de arte en la sociedad burguesa del *fin de siècle*. Lo que los dos autores compartirían es un interés común en “contrasting real art, real artists, and real art lovers with those who accumulate for accumulation’s sake, who only appreciate products with a practical purpose, and who are bound by a materialistic worldview that makes them blind to the spiritual side of existence that art aspires to reveal” (p. 60).

La tercera parte, finalmente (“The Artist Promotes ‘Life for Art’s Sake’”, pp. 87-135), se dedica al fenómeno de la transformación de la vida en obra de arte en la literatura y la sociedad del *fin de siècle*. Aquí, los objetos de estudio son el esteta dandi en las novelas *The Picture of Dorian Gray* (1890) de Oscar Wilde y *Bekenntnisse de Hochstaplers Felix Krull* (1911/1954) de Thomas Mann, en comparación con el tipo del esteta *flâneur* en algunas crónicas de Julián del Casal y Manuel Gutiérrez Nájera. Para esta comparación, la autora

arguye convincentemente que en la medida en que Baudelaire había planteado que el artista moderno era a la vez observador, filósofo y *flâneur*, así como pintor del momento pasajero, “the same applies to the ‘cronista’ as understood by the Spanish American *modernistas* insofar as they do underscore the creative and artistic side of their otherwise journalistic work” (p. 89). Completan el estudio una conclusión (pp. 136-143), un apartado de notas (pp. 144-162), la bibliografía (pp. 163-171) y un índice de temas y nombres propios (pp. 172-180).

El libro de Kelly Comfort es un oportuno acercamiento a algunos de los aspectos que caracterizan tanto el esteticismo europeo como el modernismo hispanoamericano. Tiene el mérito de contemplar los dos movimientos no como un todo indistinto, sino desde una perspectiva consciente de sus particularidades y diferencias en el marco de las (inter) dependencias históricas entre ambos. Sin embargo, el libro no es tan novedoso como pretende (“this comparative study offers new insights into both transatlantic and modernist scholarship”, p. 5). En realidad, representa un reciclaje de cuestiones y planteamientos que ya surgieron en los años setenta del siglo pasado en el proceso de dotar los estudios literarios y culturales de un fundamento de orientación socioeconómica. Tampoco toma en cuenta el importante papel del vitalismo *fin de siècle* en la evolución del concepto del “arte por el arte” (promovido por el descubrimiento de la filosofía de Nietzsche a partir de 1890), que, por ejemplo, distingue la visión del mundo del protagonista de *De sobremesa* de las ideas de un Wilde o Huysmans (pero no de un D’Annunzio, a quien la autora no menciona en su estudio). En definitiva, el libro de Kelly Comfort, por lo demás pulcramente editado, proporciona muchos detalles útiles sobre el carácter finisecular

a ambas orillas del Atlántico, que pueden leerse con provecho, relacionados con las observaciones de estudios anteriores.

*Klaus Meyer-Minnemann*  
(*Universität Hamburg*)

**Sergio Ramírez: *La manzana de oro*. Madrid/Frankfurt a./M.: Iberoamericana/Vervuert (La crítica practicante, 7) 2012, 227 páginas.**

La Colección “La crítica practicante”, que publica Iberoamericana/Vervuert, apuesta por una “crítica imaginativa y descifradora” que aspire a “unir creación y crítica en el campo del ensayo”. Lo hace bajo los lemas de Oscar Wilde —“el crítico como artista”— y de T. S. Eliot —“el poeta crítico, consecuente y consciente de la racionalidad de su obra”— que presiden una serie de textos latinoamericanos apostando por esa creatividad imaginativa del ensayo. La colección lleva nueve títulos publicados, pero tal vez ninguno de los textos editados hasta ahora esté más ajustado a esa propuesta editorial que *La manzana de oro* de Sergio Ramírez.

Nacido en 1942 en Masatepe (Nicaragua) y con una biografía digna de los mejores polígrafos del siglo XIX —donde se combina escritura y oratoria, periodismo y ficción novelesca, acción política hecha de resistencia, exilio y responsabilidad de gobierno—, Ramírez es también un crítico de fina observación al aproximarse a autores como Cervantes, Rubén Darío, Borges, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Graham Greene, Julio Cortázar, Augusto Roa Bastos, José Saramago, Carlos Martínez Rivas, Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes.

En una feliz combinación de reflexión crítica sobre obras clásicas, por no decir

canónicas, de la literatura española y latinoamericana, testimonios vitales de los autores reseñados y de su propia vida hecha de privilegiados encuentros con escritores consagrados, Sergio Ramírez despliega con un estilo tan envolvente como seductor una variada panoplia de veintidós ensayos escritos entre 1998 y 2010. Su origen no es menos diverso: ponencias en congresos, artículos en revistas, prólogos y epílogos, conferencia y artículos en periódicos.

Por razones que se desgranar en cada caso y no dejan de sorprendernos, Ramírez conoció, frecuentó y forjó desde su más temprana juventud amistad con los consagrados de los años sesenta. Todos los ensayos con sus referencias autobiográficas y testimonios se combinan con juicios críticos. Así, su descubrimiento de Borges en la librería Lehman de San José de Costa Rica, una tarde lluviosa, cuando apenas tiene 22 años, propicia un repaso de la obra inagotable del autor de *Ficciones* (Ramírez afirma por error que esa edición era de la editorial Losada, cuando era de Emecé, como la mayoría de la obra de Borges); su frecuentación de la casa de Luis Cardoza y Aragón en su exilio en Coyoacán (México) lo invita a una valoración de ese insigne guatemalteco “universal y moderno”, caminando “a filo entre las dos Guatemalas, la ladina y la indígena” (p. 71); su temprana amistad con Juan Bosch, cuando tiene 19 años y el escritor dominicano 52, le permiten un repaso de su cuentística; su admiración por Julio Cortázar —“El que nunca deja de crecer” (p. 119)— en ancas de los vertiginosos años sesenta, lo llevan a un repaso de esa década que intentó “poner el mundo patas arriba de la manera más irreverente posible” (p. 120) y a las “jornadas de rebeldía” en las calles de París en la primavera del 68, sin olvidar la masacre de estudiantes en la plaza de Tlatelolco en México. Años después (1976) Sergio Ramírez lo conoce “para una amistad de toda la vida”

(p. 123) en San José de Costa Rica y viaja a Nicaragua en su compañía, con cuya revolución el autor de *Rayuela* se solidarizaría luego. Para el autor de *La manzana de oro*, Cortázar, como Fuentes o José Saramago, “son defensores de causas muy a la manera de Voltaire, el primer defensor ciudadano de la historia. Y ya no quedan muchos de esa especie en extinción” (p. 127).

Parece que Sergio Ramírez, en el aparente azar de los encuentros con los escritores a los que consagra ensayos o artículos, buscara respaldar con el trato personal o testimonial un juicio consagratorio. Tal es el caso de José Saramago, conocido en México, reencontrado en Madrid y en Lanzarote, donde el azar ya es búsqueda tenaz del escritor portugués, culminada con el otorgamiento del Premio Nobel que festeja alborozado porque “Don José es muy nuestro” (p. 147).

En el caso del poeta Carlos Martínez Rivas la convivencia es total, compartiendo el exilio en Costa Rica y, sobre todo, fraternales risas prolongadas luego en la Nicaragua revolucionaria y en la amistad común con José Coronel Urtecho. Por esta razón, el ensayo “Horno al rojo vivo” (p.149) es el más entrañable y el menos literario. Gira con indisimulada ternura alrededor de la persona de ese poeta panadero que le dedica un poema a Octavio Paz diciendo: “a ti te premian, a mi me plagian” (p. 151) y que vive rodeado de libros en desorden, de gatos que se sienten en envidiable libertad en el caos de la panadería presidido por ese “horno, con su rojo fulgor de infierno” (p. 153).

En la privilegiada lista de amistades que desfilan en *La manzana de oro* no podía faltar García Márquez y el impacto de *Cien años de soledad* en el imaginario de los sesenta; las cenas conviviales en la casa de José María Pérez Gay con Carlos Fuentes, Álvaro Mutis y el infaltable Gabo y las discusiones literarias entabladas alrededor

de una mesa regada con buenos vinos. Al socaire de su amistad con Fuentes, Ramírez le dedica dos ensayos: “La manzana de oro” (p. 181), que da título al volumen, y “El regreso de la diosa” (p. 197).

Cuando no le es posible ser contemporáneo del autor glosado, Sergio Ramírez asocia, aunque sea a través de un encuentro fortuito, a José Martí con Rubén Darío. Con ritmo novelesco nos hace viajar en una canoa por un río tropical y a lomo de “la más pequeña, rebelde y mal intencionada mula que vio nunca la montaña de Izabal” (p. 19) presenta a José Martí, con apenas 24 años, rumbo a Guatemala. Se recuerda que Rubén Darío tenía entonces 10 años y sorprendía a sus mayores en la ciudad de León, en Nicaragua, recitando largas poesías de memoria. Así va contando las “vidas paralelas” de ambos autores hasta su breve encuentro en el Harman Hall de Nueva York la noche del 24 de mayo de 1893. Luego los uniré el cordón umbilical del Modernismo y la “prosa profusa, llena de vitalidad y color, de plasticidad y música” (p. 30) que practican ambos: Martí, el “padre”, tiene 40 años; Darío, el “hijo”, 26. Muerto en combate en Dos Ríos, Martí será magníficamente retratado por Darío en *Los raros*. La presencia de Rubén Darío planea en otros ensayos: su relación con España (“En el rincón de un gran quicio oscuro”, p. 35) y en el polícromo escenario del Caribe (“Esplendor del Caribe”, p. 83).

Cuando Ramírez juzga la obra de un poeta—como en el caso de Pablo Neruda—lo hace con el lírico entusiasmo que le provoca la “pasión panteísta” del autor de las *Odas*: “La sencillez de los objetos del mundo que nos rodea, transformados en símbolos de la vida terrenal, pasan frente a nuestros ojos descritos con fidelidad rigurosa, igual que si sus contornos y detalles hubieran sido grabados con buril en una plancha de cobre, para ser después

iluminados amorosamente por la misma mano que los grabó” (p. 81). Las odas son —a su juicio— himnos de “alabanza a los milagros de la vida”, un canto, un coro que “entona una epifanía. La epifanía de nuestro encuentro con el milagro siempre renovado del universo cotidiano” (p. 82).

Sin renegar de su pasado y su participación inicial en la revolución sandinista, Sergio Ramírez se desmarca en varios de sus ensayos de la deriva totalitaria y, sobre todo corrupta, del proceso emprendido con entusiasmo. Lo hace distanciándose de un movimiento obsesionado por el poder y para ello recurre, nada menos, que a Cervantes. El discurso sobre el poder —que Ramírez rastrea en el *Quijote*— le permite sacar inevitables paralelos contemporáneos con una triste moraleja: “Los malos gobernantes salen siempre ricos, muy dados a enseñar sus opulencias, y si acaso llegaron al poder en nombre de los pobres, se quedan siempre hablando de los pobres. Se vuelve cosa de risa. Y por contrario, pensar en un gobernante que entra pobre, y salga pobre, es también cosa de risa” (p. 17).

De la variada y agradable lectura de estos ensayos, unidos por un estilo de sugerentes metáforas, surge lo que el propio Sergio Ramírez confiesa en “Cuaderno de encargos”: “Yo me reconozco en la calidad doble del intelectual que imagina y también piensa, que inventa y a la vez predica, que no pone freno a la creación, pero tampoco a la calidad ética de su escritura” (p. 213). No cuesta descubrir bajo estas palabras el pensamiento ilustrado de los escritores y filósofos de la época de la independencia, por la que Ramírez parece tener una secreta nostalgia.

*Fernando Ainsa  
(Olite, Zaragoza)*

**María Caballero Wangüemert: *Las trampas de la emancipación. Literatura femenina y mundo hispánico*. Madrid: Biblioteca Nueva 2012. 368 páginas.**

Desde que las Naciones Unidas proclamaran el Año Internacional de la Mujer y la Década de la Mujer en 1975, el número de estudios sobre la mujer ha crecido exponencialmente, y se ha hecho finalmente un hueco definitivo con nombre propio en el campo científico de las humanidades. De ese modo, en los últimos cincuenta años hemos asistido a la creación de seminarios, institutos de la mujer e instituciones de diversa índole, así como al surgimiento de los llamados *Woman Studies*, un nuevo campo académico que abre todo un abanico de posibilidades dado su carácter eminentemente interdisciplinar. Dentro de este contexto hay que situar el libro de Caballero Wangüemert, cuyos capítulos son fruto de veinte años de investigaciones. Es, por tanto, una recopilación de conferencias, ponencias y artículos de diferente tono, unidos bajo el signo común de la literatura escrita por mujeres y de lo hispánico, perspectiva que impone una concepción abierta, así como presupone una relación enriquecedora entre las dos orillas del océano Atlántico.

Por otro lado, los textos que componen este libro responden a una necesidad planteada por los estudios sobre la mujer y que, además, está en la raíz de todos ellos: sacar a la mujer de la invisibilidad a la que la historia con mayúsculas *la* relegó. O, lo que es lo mismo la construcción de un sujeto histórico femenino, que se traduce en el fenómeno de recuperación de mujeres cuyo papel en la cultura habría sido oscurecido. Por ello, este libro también se enmarca dentro de la ginocrítica o crítica genocéntrica, según las modalidades de los estudios de género postuladas por Elaine Showalter. Los estudios de género, por

cierto, ocupan uno de los capítulos en el que la autora, a través del comentario de textos imprescindibles, da cuenta de la importancia de esta tendencia, así como de su influencia en la revisión y construcción de un nuevo canon hispanoamericano, en la crítica y, finalmente, en la propia creación literaria.

Sin embargo, existe un largo recorrido, no exento de obstáculos, hasta llegar al contexto actual en el que la presencia femenina en las letras hispánicas es ya una realidad incontestable. Las pioneras en alzar su voz e intentar abrirse un hueco son precisamente las que abren este libro: Christine de Pizan, María de Zayas, Santa Teresa de Jesús y Sor Juana Inés de la Cruz. Mujeres cuyos textos ya reivindicaban la educación de la mujer como un derecho y, además, como condición indispensable para formar parte plenamente de la sociedad y de la cultura. Así pues, la literatura, en sentido laxo, se erige como el instrumento que utiliza la mujer para comunicarse y, al mismo tiempo, abrirse paso hasta conseguir, en plena explosión vanguardista del primer tercio del siglo xx, lo que es reivindicado por Virginia Woolf: una habitación propia.

Hasta irrumpir en el canon, la escritura femenina se desarrolló desde el ámbito de lo cotidiano y lo privado o, como propone Caballero, desde los márgenes que configuran la escritura de carácter autobiográfico. En este sentido, buena parte del libro responde a una pregunta esencial: ¿por qué la escritura femenina se hace presente a través de las diversas manifestaciones de lo autobiográfico? La respuesta es obvia a la luz de la lectura de Caballero: si la escritura es, según la autora, un campo privilegiado para la emergencia de la identidad femenina, parece lógica la elección consciente de este género por parte de las plumas femeninas. Y es que lo autobiográfico, en un ejercicio de introspección de

carácter subjetivo, descubre, al plasmarla por escrito, la propia interioridad.

Así pues, la identidad, asunto que ha ocupado a la crítica internacional hispánica, es el verdadero hilo conductor de este libro, lo que reúne temáticamente al contenido de los diferentes capítulos. Su lectura nos lleva por un camino de textos que se asientan en las arenas movedizas y fronterizas de la literatura del yo y a manifestaciones de muy diversa índole.

Por un lado, textos decididamente autobiográficos, como los de la condesa de Merlin, Victoria Ocampo y Ernestina de Champourcín. En ellos, las autoras se enfrentan a un tiempo ya cerrado y desde la perspectiva adulta abordan su infancia, su adolescencia y su juventud. Planteados para ser publicados, este estatus ontológico supone una escritura consciente de sí misma y un gran control sobre los relatos, cuestiones que se reflejan en reflexiones sobre la problemática del género, tal y como señala Caballero. En este contexto también cabe mencionar el capítulo dedicado a Zenobia Camprubí, cuyo diario personal e íntimo se presenta como auténtico, en el sentido de que no fue concebido para ser publicado y, por tanto, la destinataria siempre fue ella misma.

El verso también encuentra su lugar en este libro a través de la obra de Julia de Burgos, Violeta Parra y Frida Kahlo, sobre quienes la autora realiza un verdadero ejercicio de análisis poético para dar cuenta de esa configuración de la identidad femenina a través de la palabra en torno a la cual giran estas composiciones. En el caso del diario de Kahlo, la conjunción entre palabra e imagen hace necesario, además del comentario de los versos, un análisis pictórico.

Por último, el camino recorrido por este libro también llega a las manifestaciones de la estética posmoderna que relativizan lo autobiográfico a través de lo que

se ha dado en llamar *autoficción*. En efecto, aunque las obras de Elena Poniatowska, Carmen Riera, Esther Tusquets y Soledad Puértolas proclaman su estatuto ficcional, es indudable que existe cierto cuño autobiográfico, a la luz del análisis crítico que realiza Caballero. Estos textos dan cuenta de una de las temáticas que la crítica ha identificado como propiamente femenina, la relación entre madre e hija. La problemática, por cierto, se aborda de diferente manera en cada uno de los textos analizados, de manera que la elección de la autora de los mismos permite al lector obtener un rico panorama de puntos de vista al respecto.

Con sus diferencias de contenido y forma, los textos que integran este libro, no solo dan cuenta de esa construcción de la identidad femenina, sino también de las trampas de la emancipación que los reúnen bajo este rótulo. Caballero pone el énfasis también en los aspectos socio-históricos que irrumpen en las obras, así como presta atención al contexto en el que han surgido. Se trata esta de una elección plenamente consciente a la hora de abordar la escritura femenina, pues responde a la necesidad señalada por la crítica de ocuparse del contexto de los textos para evitar de esta manera los esencialismos y la construcción de un modelo único femenino. Cada capítulo, se nutre de una completa bibliografía, no solo sobre las autoras, los textos o lo autobiográfico, sino también sobre ese contexto del que no pueden desvincularse los textos.

Las manifestaciones literarias de las que se ocupa Caballero no pueden ser arrancadas del contexto social, precisamente porque las trampas de la emancipación son las de una sociedad patriarcal y machista que margina a la mujer de la esfera pública, e impide su incorporación total al cuerpo social al que la mujer pertenece como persona. La incompreensión es, en este punto, el mayor precio a pagar por

las intelectuales que lucharon por hacerse con un hueco en un parnaso eminentemente masculino y en una historia escrita por el patriarcado que la silenciaba. Dada la extensa bibliografía crítica y los múltiples enfoques que adoptan los estudios sobre la mujer, libros como el de Caballero Wangüemert pueden servirnos de guía en nuestros primeros pasos por los senderos de la escritura femenina.

*María Martínez Larrosa*  
(Universidad de Zaragoza)

**Ottmar Ette/Gesine Müller (eds.):** *Worldwide. Archipels de la mondialisation. Archipiélagos de la globalización.* Madrid/Frankfurt a./M.: Iberoamericana/Vervuert 2012. 416 páginas.

La edición al cuidado de los renombrados caribeñistas Ottmar Ette y Gesine Müller es fruto de un “TransArea Symposium” interdisciplinario, celebrado en Berlín en julio de 2011, sobre la idea glissantiana de “archipelización” en un contexto global. Los textos están escritos en francés, español e inglés (y uno en alemán), lo cual requiere un lector global o “archipiélico” para recurrir al adjetivo usado en el volumen.

En su introducción, “Worldwide: Living in Transarchipelagic Worlds”, Ette continúa elaborando ideas ya presentes en ensayos suyos anteriores sobre las islas y los archipiélagos vistos como entidades dinámicas. Adopta un enfoque “trans-areal” estableciendo nexos entre las eras imaginarias del cubano Lezama Lima, la poética de la relación y “trans-archipiélica” del martiniqueño Glissant en su acercamiento a Polinesia, y la *coolitude*, y el interés por los subalternos migrantes, del teórico y artista de las islas Mauricio,

Khal Torabully. Todos estos pensadores defienden estructuras no esencialistas, no jerárquicas, rizomáticas. Ette ilustra sus observaciones mediante un análisis atinado de la obra *Überseesungen* de la japonesa-alemana Yoko Tawada, que no puede ser leída desde una sola área, una sola lengua, una sola cultura.

Aun insistiendo en la idea de la transgresión de los límites de las áreas, el libro se estructura en buena medida a partir de un criterio geográfico, ya que los capítulos se titulan, respectivamente: “Archipiélagos del Océano Índico”, “del Océano Pacífico”, “del Caribe”, “continentales”, a lo cual se añade “archipiélagos teóricos”. Las dos vertientes se combinan de manera armoniosa en el primer capítulo, “Archipiélagos del Océano Índico”. Khal Torabully indaga en la polilógica de la *coolitude*, un concepto no limitado al área índica, como manifestación del pensamiento “archipiélico”. Ralph Ludwig discute uno de los aspectos de ese pensamiento: el multilingüismo o la hibridez lingüística de San Mauricio; mientras que Ute Fendler analiza los archipiélagos espaciales (superponiendo Ruanda, Haití y Madagascar como lugares de miseria), intertextuales y metaliterarios en *Les cauchemars du gecko* (2011) del escritor de Madagascar, Jean-Luc Raharimanana.

En el primer ensayo del segundo capítulo, “Archipiélagos del Océano Pacífico”, resulta algo menos clara la relación entre el área enfocada y el enfoque escogido. Gesine Müller toma como punto de partida la relación entre francofonía y pensamiento “archipiélico”, en sus muy dispares manifestaciones. Lo analiza en cuatro autores (Houellebecq, Ben Jelloun, Devi, Le Clézio) de los cuales solo Le Clézio se refiere al Pacífico. Pero el estudio de por sí lleva a una interesante conclusión sobre la relación entre francofonía y mecanismos de inclusión/exclusión respecto al pensamiento plural “archipiélico”. Los dos

ensayos que siguen presentan un nexo más fuerte con el área enfocada. Basándose en el ensayo “Our sea of islands” del antropólogo de Fidji, Epeli Hau’ofa, König esboza una evolución desde el aislamiento hacia lo “archipiélico” en el imaginario geopolítico de los escritores franceses que evocan la Polinesia. Y Eckstein y Schwarz abogan de manera convincente por considerar el Pacífico como una alternativa interesante al Caribe, muchas veces erigido en el ejemplo por excelencia de la modernidad global y del pensamiento “archipiélico”.

“Archipiélagos del Caribe” consta de cinco ensayos que a veces tienden más hacia lo “intra-archipiélico”. La conocida historiadora Consuelo Naranjo Orovio presenta un profundo análisis muy bien documentado de las diferencias entre los discursos sobre civilización y raza entre Cuba y Puerto Rico, que conllevan inclusiones y exclusiones. Tampoco es muy intenso el diálogo del análisis (poco convincente) de la palabra perro (Meyer-Krentler) en *Cecilia Valdés* con el planteamiento del volumen, una observación que vale también para el informe de Alba y Vega sobre la cooperación entre México y Haití que cierra esta parte. En cambio, Ueckmann prueba, en un estudio muy esclarecedor sobre el *spiralisme* en Haití, cómo los representantes de este movimiento, por ejemplo Frankétienne, practican una escritura caótica, compleja y fragmentada, muy afín a las ideas “archipiélicas”. Johanna Abel, de su parte, estudia las visiones estáticas convergentes inspiradas en la lógica colonial de cinco viajeras europeas del XIX en sus viajes “intra-archipiélicos” al Caribe (lo que llama *Island Hopping*). Lo opone a la autodefinition más dinámica del Caribe por parte de la puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió, quien presentó el Caribe como un espacio propicio a cambios.

En “Archipiélagos literarios. América Latina, las batallas de lo universal y lo

local”, el primer ensayo de “Archipiélagos continentales”, el escritor mexicano Jorge Volpi adorna con un manto “archipiélico” (a partir de la idea de abolición de fronteras) sus tesis ya expuestas en *El insomnio de Bolívar* (2009), donde plantea que la literatura latinoamericana canonizada durante el *boom* ha dejado de existir en el siglo XXI. Lüsebrink se interesa por las islas minoritarias francófonas en América del Norte, que forman una suerte de archipiélago, amenazado pero a la vez muy interesante por la mezcla de influencias. El siguiente ensayo, “Las plantaciones bananeras como archipiélagos globales”, recurre asimismo a un uso metafórico. El historiador Pérez Brignoli subraya la vertiente global en la ficción y en la realidad bananeras. En relación con Brasil, visto como un archipiélago continental, Muranyi se detiene en el carácter polifónico y global de la cultura brasileña, comentando las implicaciones de la traducción (en sus múltiples sentidos) en la vida y obra de dos intelectuales de origen europeo en Brasil, Paulo Rónai y Vilém Flusser. En el último texto de este capítulo, Anne Kraume estudia la función de la isla en relación al continente en un archipiélago de textos de escritores que vivieron en el exilio, desde Miguel de Unamuno y Victor Hugo, pasando por Georges Pérec, hasta Julieta Campos.

La última parte, titulada sorprendentemente “archipiélagos teóricos”, consiste más bien en una miscelánea. Reúne textos tan heterogéneos como una discusión de la relación entre lo nacional y lo transnacional, algunas cavilaciones de la traductora de Glissant al alemán, un análisis filosófico y poetológico de la obra del togolés residente en Francia, Kossi Effoui, algunas reflexiones sobre la metáfora del archipiélago y las meditaciones (en alemán) sobre el tiempo de la artista japonesa-alemana, Yoko Tawada.

En conclusión, se trata de un volumen muy sugerente, que abre nuevas perspectivas al lector por reunir áreas muy heterogéneas. Da a conocer a autores pocas veces estudiados en conjunto y tiende puentes insospechados. El lector atento (y políglota) puede sacar mucho provecho de las teorías sobre islas, archipiélagos, exclusión, globalización, hibridez, lo transnacional, diseminadas por los ensayos. De todas formas, la edición viene a demostrar que el pensamiento “archipiélico” se presta a múltiples lecturas e interpretaciones.

Rita De Maeseneer  
(Universiteit Antwerpen)

**Alicia Rita Rueda-Acedo: *Miradas Transatlánticas: El Periodismo Literario de Elena Poniatowska y Rosa Montero*. West Lafayette: Purdue University Press 2012, 242 páginas.**

Elena Poniatowska y Rosa Montero, dos conocidas y respetadas periodistas, representan el periodismo literario escrito por mujeres en sus países de origen, México y España. Las crónicas, artículos, entrevistas y reportajes de ambas escritoras en los periódicos para los que trabajaron, *El País* y *La Jornada*, pertenecen a la categoría de periodismo literario, con características propias como son el feminismo, la emancipación de la mujer, las relaciones personales, las injusticias sociales, etc. Alicia Rita Rueda-Acedo identifica algunas de las similitudes históricas y profesionales que comparten estas escritoras dentro del periodismo literario feminista. Una de las conexiones que establece entre ambas son las circunstancias históricas y profesionales que vivieron y compartieron: democracia después del franquismo y las bases democráticas

iniciales cuestionadas por el movimiento estudiantil y cultural mexicano de 1968. Estos acontecimientos históricos marcaron su labor como periodistas y escritoras.

Este libro se centra en el análisis de los textos que integran *Historias de mujeres* (1995) de Rosa Montero y *Las siete cabritas* (2000) de Elena Poniatowska. Tanto Montero como Poniatowska reinterpretan y subvierten el modelo patriarcal; es decir, reescriben y reinscriben en la historia la vida de mujeres que se apartaron del modelo convencional. *Las siete cabritas* e *Historia de mujeres* no constituyen únicamente un reflejo de la historia o un periodismo informativo sino que estas dos obras captan formas biográficas que sirven para recuperar a estas mujeres para la historia.

Poniatowska, en *Las siete cabritas*, se centra en siete mujeres del siglo xx que participaron activamente en la construcción de la identidad de género del Estado mexicano. *Las siete cabritas* es, por lo tanto, una historia de mujeres. La crónica forma parte de los escritos de Poniatowska y se manifiesta en los relatos de los acontecimientos históricos, artísticos y culturales del México de los años veinte, treinta y cuarenta. Poniatowska se convierte en observadora de lo narrado y nos ofrece su versión personal de los sucesos; es un testigo presente, cronista y protagonista, que aporta su propio testimonio y opinión personal a los hechos que narra. En esta obra los acontecimientos históricos se integran en la vida de las mujeres protagonistas.

En *Historia de mujeres*, Montero, al igual que Poniatowska en *Las siete cabritas*, mezcla el ensayo, el artículo y el reportaje. Montero presenta la vida de 15 mujeres y, comienza con una introducción que lleva por título “La vida invisible” donde se remonta a los orígenes de la historia en busca de los motivos que expliquen la dominación de la mujer por

el hombre. También presenta un recorrido histórico de los siglos xviii, xix y los acontecimientos más importantes que afectaron a la mujer de la época. Estos datos históricos se entremezclan con las biografías de las protagonistas; Montero a veces destaca la vida en pareja de algunas de estas mujeres, en ocasiones con hombres prominentes que las relegaron a un segundo lugar como es el caso de Zenobia Camprubí, esposa del escritor Juan Ramón Jiménez o Frida Kahlo, esposa del pintor Diego Rivera.

Rueda-Acedo destaca otros recursos que forman parte de la obra de estas escritoras. Existe un debate sobre los elementos que definen la riqueza de géneros y categorías que se pueden atribuir a los libros de Montero y Poniatowska. La conexión entre géneros y disciplinas permite un acercamiento a la historia, a la biografía, al periodismo, a la literatura y al análisis de los diferentes géneros en estas disciplinas como son por ejemplo el ensayo, el reportaje, la crónica, la entrevista, y la crítica periodística. Una de las propuestas que se ofrece es considerar el reportaje como género abarcador de distintas disciplinas: el gran reportaje, reportaje de investigación y reportaje interpretativo. El reportaje moderno participa de ciertos elementos que lo caracterizan como son: la investigación de extensión variable, el uso del lenguaje literario, el punto de vista del autor y el empleo de técnicas narrativas y de ficción que permite incluir antecedentes, anécdotas, testimonios y análisis de hechos. Estos elementos están presentes en las obras de ambas escritoras, se comprueba la naturaleza híbrida ya que sus obras participan de las características del ensayo, relato, retrato, testimonio, crónica entre otros géneros.

Otro de los géneros que Rueda-Acedo analiza en la obra de ambas escritoras es la entrevista como género literario. Montero y Poniatowska utilizan la entrevista una

vez más para introducir su agenda feminista. Por medio de ella rescatan a mujeres contemporáneas, por lo tanto ellas se convierten en historiadoras y testigos del presente. En la entrevista, el testimonio está presente y provee de voz al subalterno. En la entrevista la participación y la transgresión aparecen en la historia oral y en la historia escrita. La entrevista además de retroalimentarse del testimonio también lo hace de la autobiografía, el psicoanálisis y la confesión que se proponen como actividades interactivas y enriquecedoras de la entrevista. Se establece un pacto tácito entre el periodista y la persona entrevistada y en este espacio lo expresado se articula entre la historia y el discurso.

Es importante destacar la técnica y el procedimiento que ambas escritoras utilizan en la elaboración de la entrevista y el testimonio; ambas aparecen como historiadoras culturales con una agenda feminista. Los rasgos de aproximación a la persona entrevistada, el rol del entrevistado y, cómo se representa en el texto final de la entrevista son instrumentos a los que Poniatowska y Montero recurren en sus entrevistas. Ambas escritoras aparecen preparadas con información y documentación. Otra característica es el soporte gráfico; las imágenes se integran de modo armónico en la plática, destacando los detalles relativos a la personalidad y al físico de la persona entrevistada, también es importante destacar el lenguaje literario, con el uso de adjetivos, metáforas, acción y ritmo propios del relato.

La combinación de todos estos recursos plantea el tema de la documentación, o fuentes en la jerga periodística. Las fuentes constituyen una labor documentada donde se mezcla el ensayo, el reportaje, la crónica, la entrevista y la crítica, además del homenaje. La obra de estas escritoras representa un proyecto intelectual y cultural además de feminista donde se recuperan las voces

de algunas mujeres y el protagonismo que tuvieron en la historia. Estos ensayos, reportajes y entrevistas cumplen una función de revisión de la historia y conquistan un nuevo espacio que anteriormente no había sido reconocido; el espacio de la mujer y su protagonismo.

*Julia Bello-Bravo*  
(University of Illinois at Urbana-Champaign)

**Sylma García González: “Yo tuve una cosa con él y no es un concepto”. Originalidad y modernidad en la literatura mística de Ernesto Cardenal. Madrid/Frankfurt a./M.: Iberoamericana/Veruert 2011. 164 páginas.**

**Luce López-Baralt: *El cántico místico de Ernesto Cardenal*. Madrid: Trotta 2012. 223 páginas.**

**Ernesto Cardenal: *Hidrógeno enamorado*. Edición e introducción a cargo de María Ángeles Pérez López. Selección de Ernesto Cardenal. Salamanca/Madrid: Universidad de Salamanca/Patrimonio Nacional 2012 (Biblioteca de América 47; XXI Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana). 288 páginas.**

Desde 2010 se han publicado cuatro libros que dan cuenta de la presencia del poeta, sacerdote, artista y teólogo nicaragüense Ernesto Cardenal (1925-) en el campo de los estudios literarios hispanoamericanos contemporáneos. El primero es un volumen colectivo publicado por Julio Valle-Castillo: *Re-Visiones de Ernesto Cardenal*, Managua, Asociación Noruega de Escritores/Centro Nicaragüense de Escritores, 2010. Este libro, publicado en Nicaragua, no ha gozado de una difusión muy amplia en Europa, al contrario de los

otros tres libros (publicados en España) que son objeto de esta reseña.

Las monografías de Sylma García González y Luce López-Baralt enfocan la obra de Cardenal desde el mismo punto de vista: ambas investigadoras puertorriqueñas abordan la dimensión mística presente en su obra (tanto ensayística o autobiográfica como poética) y abogan por la originalidad a la vez estética y temática de la misma. Sylma García González da a conocer, en su libro, una versión revisada de su tesis de maestría presentada en la Universidad de Puerto Rico bajo la dirección de Luce López-Baralt, quien prologa asimismo el libro. Los dos primeros capítulos presentan los prolegómenos del estudio al sintetizar las características del fenómeno místico desde un punto de vista comparado y al recordar las etapas principales de la evolución vital y espiritual de Cardenal a lo largo de su vida. El tercer capítulo es el pivote del libro; en él se destacan las “particularidades del discurso místico cardenaliano”: 1. un estilo deudor de la estética de Whitman, Pound y Eliot, que privilegia “la economía verbal y la creación de imágenes precisas, eficientes” (61), vinculadas con el mundo concreto; 2. una musicalidad basada en los juegos rítmicos, en la que se siente el influjo de César Vallejo en la “dislocada sintaxis” y “la nueva carga afectiva que adquiere cada palabra” (65); 3. “el encendido lenguaje erótico” (66); 4. “la explosión de las imágenes” (68), muchas veces contradictorias, que intentan traducir lo inefable; 5. el humor; 6. la “concepción cósmica-mística” (72) que se afirma en la obra cardenaliana a partir de los años ochenta.

Los cinco últimos capítulos se dedican al estudio detenido de las cinco obras en las que la autora identifica y analiza este discurso místico. *Vida en el amor* (1970) y *Vida perdida* (1999), primer volumen de su autobiografía, son dos hitos fundamentales

en la determinación del autor como místico, implícitamente en el primero y explícitamente en el segundo, que gira alrededor de la experiencia extática vivida por Cardenal el 2 de junio de 1956. Se trata de un acontecimiento clave que iba a determinar la radical conversión del poeta y su entrega sin reserva a Dios. Este acontecimiento, callado durante muchos años, se evoca en los poemarios de madurez del autor, con una desnudez expresiva que va *in crescendo*, desde *Cántico cósmico* (1989) hasta *Telescopio en la noche oscura* (1993), poemario en el que Cardenal define este raptó místico como una “violación pero consentida”. La autora destaca la relación intertextual con los místicos castellanos (especialmente San Juan de la Cruz) de forma reiterada, pero sin llegar a problematizarla a fondo: ¿qué significa, en relación con el maestro espiritual privilegiado que fue San Juan, que se experimente primero la “unión transformante” (86) y después un interminable periodo de “noche oscura” marcado por la sequedad y el sentimiento de soledad? El último libro estudiado, *Versos del pluriverso* (2005), es una “extensión del *Cántico cósmico*” (Cardenal, cit. p. 137): el autor prolonga ahí su reflexión acerca del universo movido por la energía del amor a lo largo de toda su evolución. Como en el *Cántico*, Cardenal utiliza masivamente el *collage* en este poemario reciente para mostrar hasta qué punto los discursos poético, científico y místico se complementan en una visión holística, no dualista, de la vida y de la Creación.

Este estudio bien documentado (aunque no exhaustivo) y claro de Sylma García González resulta interesante por la investigación de la dimensión estética de este discurso místico. De manera muy lúcida, la autora distingue entre “la experiencia mística como fenómeno sobrenatural” y “el discurso místico-literario” (27) y destaca su elección epistemológica:

“por tratarse de un estudio literario, interesa más analizar el aspecto discursivo que el histórico. Es decir, interesa menos que Cardenal sea, de hecho, un místico auténtico, que su capacidad para articular todo un discurso místico-literario” (27).

Podríamos afirmar que el estudio de Luce López-Baralt se desarrolla a partir de la elección inversa: importa más que todo, para la investigadora puertorriqueña, demostrar que Cardenal no solo es un “místico auténtico” (15), sino que es el “fundador de la literatura mística hispanoamericana moderna” (24). Esta tesis orienta metodológicamente todo el libro, que se presenta por lo tanto como una biografía intelectual y espiritual del autor más que como un análisis de su poética propia. Las bases documentales de esta peculiar reconstitución biográfica son dos: primero, una información muy completa acerca de las influencias sufridas por Cardenal en este terreno (con un particular énfasis en las relaciones con Thomas Merton, su maestro del noviciado en el monasterio trapense de Gethsemani, Kentucky), y en segundo lugar, un conocimiento de primera mano a través de los contactos directos entre el autor y la investigadora (con referencias frecuentes a encuentros entre ambos, correos electrónicos, etc.). Las “palabras preliminares” informan al lector de la naturaleza “intensamente personal” del libro, basado en una “intensísima comunicación espiritual con Ernesto Cardenal” (9).

La dimensión testimonial del estudio se equilibra gracias a los vastos conocimientos de la investigadora en todo lo que toca al misticismo. Desde este punto de vista, sus “reflexiones en torno al fenómeno místico” (título del segundo capítulo después del primero que consiste en un recuento biográfico), entregan una visión muy matizada del misticismo de Cardenal: profundamente arraigado en

la fe católica, de la que no se aparta a pesar de sus desavenencias con la Iglesia, su experiencia mística entra en abierto diálogo con otras tradiciones religiosas y otras cosmovisiones (incluso la científico-racional y la marxista). Los capítulos III a VIII presentan las obras en las que, según la autora, se desarrolla un discurso místico. Los libros analizados aquí son los mismos que en el estudio de Sylma García González, salvo en los dos últimos capítulos, dedicados a dos obras muy recientes. Es llamativa (y discutible) la escasa atención que ambas estudiosas dedican a *Gethsemani Ky* y a los *Salmos*, en el corpus escogido. Las conclusiones de la discípula y de la maestra son *mutatis mutandis* bastante cercanas, aunque, como ya ha quedado dicho, el comentario de López-Baralt apunta, más que a un análisis literario, a una reconstrucción muy precisa y muchas veces brillante del contexto intelectual y vivencial de la escritura, a partir del cual sitúa la obra considerada en el seno de una tradición muy amplia. Particularmente iluminador es el capítulo dedicado a *Versos del pluriverso*, meditación cosmológica que constituye una verdadera “*consolatio astrophysicae*”. Los dos últimos capítulos están dedicados respectivamente a dos publicaciones de 2011. El libro de ensayos *Este mundo y otro (y otros ensayos)*, al reunir textos recientes con otros más antiguos, permite ofrecer una recapitulación matizada acerca de las concepciones filosóficas y cosmológicas del autor: resaltan tanto su interés temprano por Lao Tzé y Heráclito, como su cristocentrismo reasumido con una fuerza renovada en el ensayo epónimo del libro. El último capítulo va dedicado al análisis pormenorizado del poema largo *The Origin of Species*, publicado con ocasión del bicentenario de Charles Darwin. La versión inédita en castellano del texto se publica en anexo. Muy

interesante es el diálogo intertextual con Darío que analiza la autora. En resumen, las grandes cualidades del libro (información actualizadísima y de primera mano, perspectiva amplia del análisis gracias a la erudición de la autora, gran especialista de mística comparada) esbozan también sus limitaciones. Al querer definir la aportación de Cardenal como “fundador de la mística hispanoamericana contemporánea”, López-Baralt nos entrega un libro a la vez erudito, sensible y escrito desde la simpatía más profunda por el autor, lo que da a veces tonos casi hagiográficos a su libro.

La alabanza tampoco está ausente de la antología publicada con ocasión del XXI Premio Reina Sofía de poesía iberoamericana que Cardenal recibió en noviembre de 2012. Sin embargo, la introducción de la profesora salmantina María Ángeles Pérez López cumple con creces con los requerimientos de un texto que aúna la comprensión sensible de una obra extensa y compleja y la distancia que permite objetivar y valorar. La primera parte (“Vida perdida [y ganada]”, pp. 11-84) se dedica a sintetizar la trayectoria biográfica, intelectual y poética de Cardenal de manera que ofrece una contextualización iluminadora para los textos que el propio poeta ha seleccionado y que abarcan el conjunto de su producción en verso (ya que va de los “epigramas” a “El origen de las especies”, poema ampliamente comentado por López-Baralt). La síntesis se basa en un material bibliográfico amplio y actualizado, usado de forma siempre oportuna. Aunque la cuestión del misticismo aparezca como un tema entre otros, Pérez López completa las aportaciones de las estudiosas puertorriqueñas al destacar el interés en esa perspectiva de libros poco comentados por ellas: *Gethsemani Ky* y los *Salmos*. En el poema inicial de *Gethsemani Ky*, destaca la presencia del hidrógeno

(lo que manifiesta una visión preocupada desde el comienzo por los ciclos naturales de la materia orgánica y de su significación espiritual), elemento que volverá a aparecer en la Cantiga 28 del *Cántico cósmico*: “Hidrógeno seré, pero hidrógeno enamorado”. Según Pérez López, esta reescritura quevediana (“polvo seré...”) es paradigmática de la “propuesta omniabaradora” (75) de Cardenal. En la segunda parte de la introducción (“La poesía exteriorista: un estilo y una época”, 84-92), la profesora salmantina resume la definición del exteriorismo característico del estilo cardenaliano a partir de las posturas clásicas de Neruda (acerca de la “poesía impura”), Pablo Antonio Cuadra y Pound. De ahí se deriva “una visión *instrumental* de lo poético [...]. Y ello porque, a diferencia del imaginismo (y he aquí la gran aportación cardenaliana, que es también su limitación), el exteriorismo se juega en el territorio del compromiso ideológico” (92). Las notas críticas como esta escasean en los tres libros considerados. Sin embargo, un balance del exteriorismo que destaque sus logros y limitaciones como el que encontramos al final de la introducción de Pérez López, es imprescindible para captar y asentar, más allá de la poderosa personalidad del escritor nicaragüense, las coordenadas esenciales de una obra fundamental de la poesía hispanoamericana del medio siglo pasado, cuyas posibilidades de renovación siguen aún abiertas.

Geneviève Fabry  
(Université catholique de Louvain)

**Ana Forcinito: *Los umbrales del testimonio. Entre las narraciones de los sobrevivientes y las señas de la posdictadura*. Madrid/Frankfurt a./M.: Iberoamericana/Vervuert (Ediciones de Iberoamericana, Historia y Crítica de la literatura, 64) 2012. 179 páginas.**

“Como presidente de Argentina, vengo a pedir perdón en nombre del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante veinte años de democracia tantas atrocidades”. Estas palabras de Néstor Kirchner vinieron a refundar el sentimiento de democracia en un país con la memoria colectiva diezmada y un déficit institucional considerable. En 2003, año en que accede a la presidencia de la República, Kirchner deroga las llamadas “leyes de impunidad”, esto es, las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida, de 1986 y 1987 respectivamente. Este hecho supuso un antes y un después en el reconocimiento a las víctimas de la dictadura y un espaldarazo a las reivindicaciones de las madres y abuelas de Plaza de Mayo y de otras asociaciones pro derechos humanos, por cuanto fueron abiertas causas judiciales y se emitieron condenas. De manera que en esta última década se han celebrado importantes juicios contra la cúpula militar que secuestró, torturó, asesinó y desapareció a tantos miles de ciudadanos argentinos, militantes de izquierda o no.

El proceso de redemocratización en Argentina sería impensable sin la voz de quienes sobrevivieron a la detención y a la tortura y fueron presos políticos durante la dictadura. Son ellos quienes, desde su condición de víctimas, se postularon como testigos del horror para aportar sus testimonios ante las comisiones e instituciones gubernativas en la posdictadura. El ensayo de Forcinito examina conceptual y textualmente los umbrales en que se debaten las declaraciones y relatos de sobrevivientes

de la última dictadura argentina, con objeto de analizar el modo en que tales narrativas intentan alcanzar el estatus de testimonios y los obstáculos que los enunciantes han de sortear para ello. “Los umbrales del testimonio son múltiples –afirma la autora–, entre las víctimas y los de afuera, entre los militantes y los detenidos, entre los sobrevivientes y los desaparecidos, entre la normalidad del lenguaje con que se recuerda y las memorias que escapan a la representación y su lógica, entre el aquí y el allá, entre la verdad y la ficción, entre el dolor y la interpretación, entre la corporalidad y la subjetividad” (pp. 35-36). Unos umbrales que no son fáciles de resolver en términos de verdad si se tiene en cuenta que el estudio de Forcinito centra su interés en el testimonio extrajudicial. Ello nos sitúa en la *narrativa del testigo*, que pone de relieve las fronteras que operan en las escrituras o actos donde concurre el testimonio: sus zonas de riesgo, sus lagunas, sus fugas.

El umbral, como señala Forcinito siguiendo a Agamben, nos ubica en una instancia entre lo real y lo fantasmal, lo visible y lo inaccesible. También, discursivamente, nos coloca en la disyuntiva entre la razón y la ilogicidad. ¿Cómo aprehender sucesos tan desmesurados dentro de los márgenes de un discurso lógico que atiende a las leyes de la representatividad verbal? ¿Cómo narrar lo incomprensible? El testimonio del horror da cuenta de una experiencia irrepresentable, que invita por ello al lector a poner en duda los modelos de representación que se postulan como verdad. Y he aquí el problema, pues para que pueda ser superado, el horror debe ser dicho y representado ante las generaciones presentes y futuras. Recuérdese el mandato con que abre Primo Levi su libro *Si esto es un hombre*: “Pensad que esto ha sucedido/os encomiendo estas palabras/grabadlas en vuestros corazones/al estar en casa, al ir

por la calle/repetídselas a vuestros hijos”. Unos versos que constituyen un llamado a la memoria y que expresan un imperativo ético innegociable: la memoria frente el olvido. O como ha escrito Juan Gelman, la verdad –léase *justicia*– contra el olvido.

En ciertas partes del libro hay, a mi entender, un exceso de conceptualización, por ejemplo alrededor de la noción de *umbral*, término que para un castellanohablante se entiende de suyo y no necesita de tanta teorización. Este defecto teórico no es inusual en la crítica del Cono Sur, derivado en buena medida de la influencia que ha ejercido en tal ámbito cierta línea crítica contemporánea (Derrida y compañía), tan inclinada a la teoría en estado puro y que degenera en ocasiones en *logomaquia*, como ya advirtiera Darío Villanueva. Ello no desmerece algunas de las aportaciones que provienen de Beverley, a quien debe mucho el libro de Forcinito, o Laub. Más interesante hubiese resultado ahondar en las reflexiones sobre el concepto de *ficción* y su estatuto, a través de las que la autora lleva al lector a repensar el hecho de que un testimonio conlleva necesariamente ciertas dosis de ficción. Ello por la naturaleza narrativa del discurso, lo que nos sitúa en un terreno resbaladizo de difícil solución. ¿Es lícito valerse de la ficción con el fin de, paradójicamente, mostrar la verdad en toda su hondura? Sabemos que sí. Ahora bien, si ello valida la novela (o el cuento) como vehículo apropiado para revelarnos las verdades que el discurso oficialista nos niega, coloca en cambio al género testimonial en una encrucijada al querer documentar fielmente unos hechos a la vez que coquetea con la ficción. Lo que nos lleva a una pieza clave en todo entramado narrativo, que es el receptor. Porque si en favor de la credibilidad de la novela desempeña un papel fundamental el *pacto de lectura*, en el testimonio (jurídico o no) debe darse otro pacto, que no siempre se dio, entre

testigo y oidor, pero no con arreglo a la buena composición del relato sino atendiendo a los valores de verdad.

Tras el primer capítulo, que sirve de marco epistemológico para el estudio de la narrativa testimonial, se suceden una serie de cinco capítulos dedicados a espacios concretos de la represión orquestada por el gobierno militar golpista, que posteriormente trataron de relatar los sobrevivientes: la evolución legislativa en torno a los victimarios, desde las leyes de impunidad hasta su derogación, y el modo en que se articulan en tal proceso los testimonios de las víctimas; la ESMA, uno de los centros clandestinos de detención y tortura más siniestros; el problema del género, que impregna la literatura testimonial y da cuenta de las barreras añadidas a la ya de por sí compleja voluntad de testimonio; los relatos fragmentados, las brechas y lagunas en los recuerdos como parte inherente al testimonio, y la problemática de su recepción por parte de quienes escuchan con la expectativa de componer una verdad; y finalmente, la cuestión del duelo y la figura derrideana del espectro como ente que habita el umbral entre lo visible y lo invisible. El estudio de estas zonas de frontera y pasaje se hace a partir de textos narrativos concretos, ya sean de naturaleza literaria, dentro del género testimonial, o de naturaleza audiovisual, entre el documental y la ficción. Entre dichos textos destacan los testimonios recogidos en *Nunca más* (1984) y *El libro del Diario del Juicio* (1985); *El vuelo* (1995) de Verbitsky, que funciona como contracara del testimonio de sobrevivientes, ya que se trata del testimonio de un represor; *Memoria en construcción: el debate sobre la ESMA* (2005) de Brodsky; el documental *Montoneros, una historia* (1994) de Andrés di Tella; *La escuelita* (2006) de Alicia Partnoy; o el filme de Israel Adrián *Crónica de una fuga* (2006), basado en

el testimonio de Tamburrini. Por cierto que hubiese sido más esclarecedor para el investigador o el lector curioso separar estos textos como corpus de trabajo en el aparato bibliográfico.

Se echa en falta, y creo que hubiese sido interesante, inscribir algunas de las discusiones que trata el libro en la tradición crítica de la narrativa testimonial concentracionaria en torno a la Shoah, de donde surgen las primeras reflexiones contemporáneas acerca del testimonio como género narrativo y el consecuente debate que aborda la idea de la representabilidad y las fronteras entre palabra y silencio, verdad y ficción –Wiesel, Lang, Rosenfeld, Friedländer, Steiner, Young, Semprún–. Ello no empaña ni mucho menos un estudio como este de Ana Forcinito que aborda con rigor un tema de gran calado en la sociedad argentina y que, aun con todas las dificultades que rodean al testimonio, nos enfrenta a la necesidad de activar políticas de la memoria –contra las políticas del olvido–, no solo con la vista puesta en el pasado, que es irremediable, sino pensando en el porvenir.

*Aníbal Salazar Anglada*  
(Universitat Ramon Llull, Barcelona)

**Janett Reinstädler (ed.): *Escribir después de la dictadura. La producción literaria y cultural en las posdictaduras de Europa e Hispanoamérica*. Madrid/Frankfurt a./M.: Iberoamericana/Veruert 2011. 372 páginas.**

Estas ponencias, procedentes del congreso homónimo llevado a cabo en Berlín, se diferencian mucho de los primeros testimonios literarios aparecidos recién después de los respectivos golpes, con sus detalladas descripciones de los crímenes de

los militares. En vez de eso, los autores de la presente colección se dedican a la literaturización de los fenómenos psicológicos inherentes a las dictaduras, siendo, según Torben Lohmüller, el psicoanálisis “uno de los instrumentos discursivos más persistentes del análisis y la interpretación del nazismo y otros fenómenos totalitarios” (p. 27). Tanto los escritores estudiados como los ensayistas científico-literarios se sirven exitosamente de nociones freudianas como la de *Verdrängung* (“represión”) para explicar las lesiones psíquicas individuales causadas en las víctimas por los regímenes totalitarios. Describen la dictadura desde la posdictadura, la búsqueda de las huellas del pasado en los individuos, la lucha contra el olvido consciente o subconsciente, esta variante ibérica y latinoamericana de la incapacidad para el duelo atribuida, según Lohmüller, a los alemanes por el psicoanalista Mitscherlich.

Los ensayos demuestran que por causa del desprestigio del marxismo después de la caída del Muro de Berlín y el auge posmoderno del individualismo, el interés de los autores por la política y lo económico-social ha decrecido mucho, como lo constata Óscar Cornago en su trabajo *De las organizaciones a las multitudes: pensar lo social más allá del Estado*.

Walther L. Bernecker establece una crónica detallada de las barbaridades cometidas por el franquismo durante y después de la Guerra Civil en su cruenta campaña de exterminio físico de los republicanos y de sus vestigios materiales, morales y simbólicos, lo que contribuyó al rápido y casi completo olvido del funesto pasado. Bernecker describe la difícil lucha por la verdad histórica aun en la época posdictatorial, cuando las poderosas fuerzas conservadoras lograron un “pacto de silencio”, que significaba callar los crímenes del franquismo “para (no) volver a abrir viejas heridas” (p. 79).

Estos ensayos demuestran que el despertar de la memoria colectiva y el surgimiento consiguiente de una cultura de la memoria se debe a la lucha de la literatura y el cine contra el olvido. Wilfried Floeck y Ana García Martínez describen cómo tras un largo silencio sobre la Guerra Civil y el franquismo, el drama histórico en España se transformó en un “teatro de la memoria”, culminando en obras comprometidas que denuncian la mala memoria. Jochen Mecke detecta en la trilogía de novelas de Isaac Rosa la estética posdictatorial de la nueva generación que no conoció directamente la Guerra Civil y el franquismo y que denuncia el nuevo discurso franquista del pacto del silencio.

Janett Reinstädler achaca las diferencias descubiertas por ella entre las culturas conmemorativas de España y Portugal no a las disimilitudes entre el Estado Novo de Salazar y el franquismo español, sino a la diferente prehistoria de ambos pueblos, a la lucha exitosa de las masas populares lusitanas contra el fascismo, que contrasta con la implosión del franquismo, y a las diferentes autoimágenes tradicionales de portugueses y españoles: mientras que los españoles se consideraron siempre como un pueblo dividido en “dos Españas”, los portugueses se autodenominaban una nación unida y corporativa, lo que explica –según Reinstädler– la escasez de debates en Portugal sobre la infracción de los derechos humanos y la amnistía concedida a los asesinos de la temida PIDE, la policía secreta de Salazar.

En su estudio comparativo de dos obras posdictatoriales, *Austerlitz*, del alemán W. G. Sebald, y *Los girasoles ciegos*, del español Alberto Méndez, Arno Gimber señala los rasgos comunes tanto en la ética de ambos, que se ponen del lado de los derrotados, como en su escritura conmemorativa al estilo de Proust. Observa que por la limitada experiencia nacional de

franquismo y Guerra Civil peninsulares se diferencia el escritor español del alemán para quien fascismo y guerra son fenómenos internacionales, europeos.

Los regímenes represivos replantearon a los escritores el problema expresado por Adorno en su famoso dictamen de la imposibilidad de hacer poesía *después de Auschwitz*, que para ellos significó también “escribir después de la dictadura” (p. 198). Según Roland Spiller, el poeta argentino Juan Gelman, con sus experiencias de demócrata y judío perseguido doblemente, provocado por la citada observación de Adorno, expresa esta “indecibilidad” al problematizar la lengua como medio de expresión mediante la deformación de idiomas, distorsiones gramaticales y deformaciones léxicas.

El poeta chileno Enrique Lihn resolvió, según Wolfgang Bongers, de manera especial el problema lingüístico de expresar lo indecible frente a la censura. Este representante del exilio interior adopta una postura ética no solo “anti”-, sino también “pos”-dictatorial en plena dictadura de Pinochet (murió poco antes de la caída del régimen) deslegitimando mediante la deconstrucción y la parodia, como Cardoso Pires y Gelman, el estereotipado lenguaje autoritario, y criticando el exceso de información mediática y la mercantilización de la palabra que impiden la justa memoria del pasado. Hans-Jörg Neuschäfer continúa sus ya numerosos escritos sobre la censura con una reseña de los recuerdos de la catalana Esther Tusquets, que son como una contra-escritura de las memorias del franquismo triunfante.

Alfonso de Toro, que considera la literatura chilena posdictatorial como una colección de historias tanto *locales* como *globales*, es decir, “glocales”, analiza la novela *Cuando éramos inmortales*, de Arturo Fontaine, como prototipo de la unión entre destino privado y tragedia de

la nación bajo la dictadura de Pinochet, rompiendo el discurso oficialista de la cultura del silencio por preguntas inopor-tunas que desnudan las heridas psíquicas y desenmascaran los tabúes impuestos por la autocensura.

Un papel de primera importancia en la empresa de despertar la memoria del pasado autoritario lo desempeña el cine. Según Antonio Gómez López-Quiñones, en “Tentaciones post-revolucionarias: Nostalgia y trascendencia en *La flaqueza del bolchevique*”, el filme del director español Manuel Martín Cuenca expresa la profunda decepción del protagonista frente a la enajenada cotidianidad posdictatorial que significa también la pérdida de su sueño de autorrealización como alternativa al franquismo, simbolizada por la Revolución Rusa. Rike Bolte analiza la puesta en escena “biohistórica” en *Los rubios*, una película de la directora argentina Albertina Carri, sobre los “desaparecidos”, recurriendo al empleo de juguetes y muñecos de tipo Playmobil para presentar la “desaparición” física y ausencia de las personas asesinadas por la dictadura, procedimiento que Bolte denomina acertadamente “de-presentación”, en vez de la re-presentación imposible de los “desaparecidos”. En un estudio comparativo sobre las películas *Sur*, del argentino Fernando Solanas, y *La Frontera*, del chileno Ricardo Larrain, Jenny Haase descubre el “Sur” como lugar de memoria materializado en sus prisiones, que eran los teatros de tortura y asesinato, instaladas intencionalmente por las dictaduras militares de ambos países en esta región apartada.

Según Haase, los autores posdictatoriales no solo describen el aislamiento producido por las dictaduras, sino también la vida nómada a la cual fueron condenados los exiliados, que conllevaba el conocimiento de y la mezcla con otras culturas. Esta cultura híbrida global la comprueba

Celina Manzoni al analizar la transgresión de los límites lingüísticos y literarios gracias a las migraciones causadas por las dictaduras que describe el hondureño Horacio Castellanos Moya en *Insensatez*.

Ottmar Ette comprueba que la novela *Lost City Radio*, del poeta peruano-norteamericano Daniel Alarcón, no solo describe la dictadura de Fujimori y el terrorismo de Sendero Luminoso, sino que representa la realidad de todas las guerras y dictaduras y, más aún, sus *vivencias* reales. Según Ette, este libro, que resume todas las ficciones sobre la vida humana plagada de guerra y violencia, va más allá del proverbial fenómeno de la dictadura latinoamericana, alcanzando dimensiones globales.

Esta colección constituye, junto con el volumen *Post-Authoritarian Cultures*, editado por Luis Martín-Estudillo y Roberto Ampuero (2008), la hasta ahora más amplia, variada e instructiva presentación de la literatura posdictatorial.

Hans-Otto Dill  
(Berlin)

**Catherine Pélage: *Diamela Eltit. Les déplacements du féminin ou la poétique en mouvement au Chili*. Paris: L’Harmattan 2011, 106 páginas.**

El libro de Catherine Pélage está dirigido, de más está decirlo, a un público lector francófono. Es un volumen corto en páginas y hondo en contenidos, como corresponde a un escrito debido a una de las mayores estudiosas de la obra de Diamela Eltit, a quien ha dedicado parte de su tesis doctoral<sup>1</sup>, y como cabe esperar de

<sup>1</sup> *Marginalisation et transgression chez les romancières chiliennes du xxe siècle*, Université Paris IV, 1999.

quien sabe que las traducciones francesas de ensayos y novelas de la escritora chilena han tenido una recepción considerable más allá del hispanismo universitario.

La estudiosa anuncia en el título con rigurosa concisión los aspectos capitales en torno a los que pergeña y zurce el volumen: los desplazamientos conducen a la transgresión de las fronteras al uso, sean geográficas, políticas, literarias o genéricas. Así se explica que la obra de Eltit, concebida, gestada y en buena medida escrita durante los muchos años de la dictadura de Pinochet, sea réplica airada, rechazo persistente y desobediencia franca al régimen. Y, sobre todo, lucha contra los varios tipos y especímenes, vituperios, anatemas y aprisionamientos políticos de la dictadura.

Esta breve monografía de Catherine Pélage muestra que la obra de Eltit denuncia, al socaire de una escritura en filigrana, usos y abusos políticos y literarios desde posiciones y enunciados que confieren a lo femenino espacios sociales nuevos. No es, por tanto, casual que sus novelas y ensayos hayan sido a la vez objeto de múltiples estudios y de feroces embestidas. A ello se suma un aspecto característico de la autora que la estudiosa subraya: su compromiso con lo femenino y su lucha por el espacio que le corresponde a la mujer en la sociedad están filtrados por el poder de una lente crítica cuyos efectos tienen largo alcance y que ni siquiera se detienen ante los escritos feministas.

*José Manuel López de Abiada*  
(*Universität Bern*)